

Marià Corbí

EL CONOCIMIENTO
SILENCIOSO

LAS RAÍCES DE LA CUALIDAD HUMANA

*Una selección de textos a cargo de
Teresa Guardans*

FRAGMENTA EDITORIAL

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 37

Primera edición SEPTIEMBRE DEL 2016

Producción editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica INÈS CASTEL-BRANCO

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2016 MARIÀ CORBÍ QUIÑONERO
por los textos

© 2016 TERESA GUARDANS CAMBÓ
por la selección de los textos
y las presentaciones respectivas

© 2016 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L.
por esta edición

Depósito legal B. 14.801-2016
ISBN 978-84-15518-43-3



Con el apoyo del Departamento de Cultura

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

*Hay un conocimiento que es «reconocimiento»:
testificación gratuita de la presencia misma
de las realidades.
«Re-conocemos» lo que ya, de por sí, sabemos.
Reconocer es hacer presente todo mi ser,
con todas sus facultades, a algo que se me hace presente
con toda su autonomía y su misterio.
Reconocer es una comunión de presencias.
La comunión de presencias, ¿no es amor?
Esa es la incommensurable belleza de nuestro destino.*

ÍNDICE

<i>Presentación</i> TERESA GUARDANS	11
I EL CULTIVO DE LA CUALIDAD HUMANA. UNA INTRODUCCIÓN	29
¿Qué es eso que nuestros antepasados llamaron espiritualidad?	31
La «cualidad humana» y «la profunda cualidad humana» sin creencias ni religiones	35
La autoprogramación debe dar cuenta de nuestra doble experiencia de lo real	40
El fin de la epistemología mítica	42
¿Cómo vivir, en las nuevas circunstancias, la dimensión absoluta de lo real?	45
¿No estaremos intentando prolongar la vida de las religiones, sin darnos cuenta de ello?	47
La gran posibilidad humana	49
Consecuencias de la conciencia explícita de la segunda dimensión de lo real	55
Nuestra cualidad específica como vivientes es lo que nos abre a la gran dimensión absoluta de la realidad	59
Recoger el legado de nuestros antepasados sin vivir ni pensar como ellos	62
La necesidad de «cualidad humana profunda»	64
El imprescindible cultivo de IDS	67
A modo de conclusión	71

II	LOS FUNDAMENTOS DE LA CUALIDAD HUMANA. EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO	73	Aprendiendo a leer el legado de sabiduría de las antiguas tradiciones religiosas	177
	Dos modos de conocimiento	77	Instrumentos de indagación libre	182
	Los límites del yo	80	Adaptar el sentir a nuestros conocimientos	185
	La necesidad y la estructura de nuestra percepción	83	Las ciencias al servicio del reconocimiento	190
	El gran invento de la vida: el habla	85	El sentir silencioso	193
	El ego como función al servicio del individuo	88	Transformar el sentir	196
	Nuestro núcleo antropológico	92	Cada ser es inmensidad	198
	Conocer desde el silencio	94	La música y lo indecible	201
	¿Dónde encontrar orientaciones y recursos?	96	Música e indagación silenciosa	207
	La aportación de las tradiciones religiosas a las sociedades de innovación	102	Camino a la unidad	210
	Más allá de la dualidad	107		
	Un camino sin huellas	110	IV	MEDITACIONES
	Salir de casa	114		213
	El conocimiento silencioso o el conocimiento que es un no-conocimiento	119	El conocimiento de sí mismo y la libertad completa	217
	Vivir para reconocer	122	La razón es la raíz de la sabiduría	219
III	AHONDANDO EN EL CULTIVO DE LA CUALIDAD HUMANA	125	La unidad del pensar, del sentir y del cuerpo	220
	Trabajar sobre las facultades de conocimiento	131	Una perspectiva que trasciende la individualidad	222
	La cualidad no surge espontáneamente	135	La ilusión del yo o la disolución de la consistencia del individuo	223
	Apartar un velo irreal	138	¿Quién me habita?	226
	Bajar el volumen de la egocentración	141	La negación del yo como método de conocimiento	227
	Las expectativas de la vida cotidiana bloquean el camino	145	¿Quién soy?	234
	Las habitaciones de la casa del ego	148	¿El misterio de la existencia?	234
	El silencio que abre al reconocimiento	152	La verdad es una verdad sensitiva	235
	La autoconducción	154	La luz de este mundo	236
	La acción desinteresada	156	La fuente del conocimiento	237
	Callar al constructor	162	¿Mi conciencia?	238
	La atención	164	<i>Eso no-dual</i> es conciencia	239
	El no apego	167	No pienses en lo que eres, sino en que eres	241
	El silencio desde la mente	172	No soy otro	242
			La veneración de las facultades que proponen las Upanishads	243
			«La verdad es solo conciencia», la gran afirmación del Advaita Vedanta	244
			La pura experiencia de ser y el creador	245
			La verdad es pura desnudez	246
			Un almendro, la verdad	249

La noción budista de Vacío y el Único	249
Ni yo ni «Dios»	250
Lo que es	252
El recuerdo del rabí Jesús	254
El Padre	256
Líbrame de mí	257
Fragilidad	257
Unidad completa	258
En «Eso»	260
<i>Epílogo</i>	261
<i>Apéndice. Conversación con Marià Corbí</i>	271

PRESENTACIÓN

Teresa Guardans

VAYA POR DELANTE una aclaración. Este libro reúne textos de Marià Corbí, pero ni la iniciativa de la obra surgió de él ni ha participado en la selección. Simplemente, al plantearle la idea, dio carta blanca. Sin más.

¿Qué objetivo persigue la selección? En un tiempo en el que el interés por el silencio va en aumento, en el que se suceden publicaciones sobre la práctica del silencio y de la atención plena, nos parecía que podía valer la pena releer a Corbí. O descubrirlo. Durante más de cuatro décadas Corbí ha indagado sobre el lugar del silencio en el conocimiento humano, sobre la naturaleza de la dimensión silenciosa del conocimiento, qué la caracteriza, cómo ubicarla en el escenario del conocimiento. Y es posible que sus reflexiones hayan quedado algo escondidas entre los distintos temas que aborda —en un ya largo recorrido de investigación y publicaciones— en torno a las transformaciones generadas por el despliegue de las sociedades de innovación. De ahí nuestro interés por recogerlas y poner de relieve sus aportaciones con relación al silencio como factor esencial de aquello que nos hace humanos.

Conocer desde el silencio sería el rasgo esencial de quienes desarrollan su humanidad, su *cualidad humana*; se relaciona con la capacidad de interesarse plenamente por lo que existe, más allá de las motivaciones de la necesidad. En el desarrollo de esa *cualidad* estaría la clave de la experiencia de admiración, sorpresa, profundo respeto, compromiso; la clave de la capacidad de interés gratuito por la existencia en todo su despliegue. La misma creatividad, la posibilidad de innovación y el pensamiento libre de prejuicios y preconceptos encontrarían ahí su raíz. *Conocer desde el silencio* posibilita una vida que no queda atrapada en las dinámicas de la respuesta a las necesidades personales, sino que logra ver, comprender, sentir y actuar más allá de los límites que marca la egocentración, desde la plenitud de las posibilidades humanas.

¿Tiene algo que ver ese silencio con la espiritualidad? ¿Cuál sería la relación entre el conocer silencioso y la experiencia espiritual? Será uno de los temas que veremos en esta compilación. Cuando se pensaba y se vivía al ser humano como constituido de *materia* y *espíritu*, referirse a lo *espiritual* era apuntar a todos aquellos aspectos sutiles de la vida, los más finos, elevados, gratuitos... *Espiritualidad*, o el cultivo de lo espiritual, significaba afinar el ser, ayudarlo a desarrollar sus posibilidades de verdaderamente ser. Pero la antropología ha cambiado: interpretamos el fenómeno humano desde la perspectiva de tramas psíquico-físicas en íntima interacción, en simbiosis con el conjunto de tramas de la vida, bajo el peculiar sello de la capacidad lingüística. ¿Dónde ubicar las fronteras entre lo *material* y lo *espiritual*?

El desarrollo de la exploración de la psique y de los procesos cognitivos va dejando al *espíritu* tan vacío de contenido que casi sugiere algo ajeno al ser humano mismo. Hasta tal

punto que, hoy, la palabra *espiritualidad* evoca en no poca gente la idea de ensimismamiento, desconexión de la vida real, escapadas a mundos extraños... En correspondencia con las antropologías contemporáneas, ¿cómo apuntar a un desarrollo humano pleno, en las dimensiones propias de aquello que nos hace humanos? Buscando evitar equívocos, veremos que Corbí optará por la expresión *cualidad humana*:

Propongo sustituir el término *espiritualidad* por el de *cualidad humana profunda*. Nos vemos forzados a abandonar el término *espiritualidad* porque sugiere y va ligado a un tipo de antropología, de cuerpo y espíritu, que ya no es la nuestra y que se presta a ser mal interpretada o simplemente rechazada, y con razón.

Lo que nuestros antepasados llamaban *espiritualidad* es una peculiar forma de funcionamiento de nuestras facultades mentales, sensitivas, perceptivas y activas; es una forma de funcionamiento que, por su valor intrínseco, llamaremos *cualidad*. Se trata de una cualidad propia de nuestra especie, que arranca desde nuestra misma base biológica: desde la modelación que hacemos de la realidad desde nuestro aparato sensitivo y motor, desde nuestro cerebro, desde nuestra condición simbiótica y sexual, desde nuestra condición de animales que hablan; por eso la llamo *cualidad humana*.

Esa cualidad humana, que podríamos también llamar *sabiduría*, es una manera de comprender, sentir y actuar, interesada verdaderamente por las realidades, ponderada y, por ello, con capacidad de distanciamiento de los propios deseos, temores, expectativas y prejuicios; capaz de acercarse a las cosas y personas siempre de forma nueva, porque es capaz de silenciar todo lo que nuestra condición de vivientes necesitados espera y proyecta sobre las realidades, para conformarlas a la medida de nuestros intereses.¹

¹ Ponencia presentada en el V Encuentro Internacional CETR: Marià CORBÍ, «El cultivo de la cualidad humana y de la cualidad humana profunda»,

Volveremos a encontrarnos con estas líneas más adelante, pues pertenecen al primero de los textos seleccionados, pero desearíamos detenernos en ellas ahora, ya que condensan y anuncian los distintos temas recogidos en estas páginas.

La cualidad humana

Una primera aclaración necesaria: sobre la elección del término *cualidad* (que no *calidad*). En su uso más frecuente, solemos relacionar *cualidad* con su plural, las *cualidades* de una persona, de un ser vivo o de una cosa, los caracteres que lo distinguen, generalmente con acento positivo. Pero *cualidad* también significa ‘la manera de ser de alguien o algo’ (cf. *Diccionario de la Real Academia Española*), y es ahí donde hay que situar el sentido de la *cualidad humana* en Corbí: lo peculiar de la manera de ser de la especie humana. Y ese rasgo propio y distintivo —leemos— es «una peculiar forma de funcionamiento de nuestras facultades mentales, sensitivas, perceptivas y activas», conocido hasta el momento como *espiritualidad*.

¿En qué consiste esa peculiaridad? En la posibilidad de ver, sentir, interesarse por la realidad con independencia de las necesidades y deseos del ser vivo que somos. Consiste en la posibilidad de poner entre paréntesis los mecanismos que la necesidad pone en marcha y las interpretaciones que de ellos se derivan. Consiste en la posibilidad de ver, sentir y reaccionar porque el mundo está aquí, porque existe lo que existe con independencia de mis patrones de ser necesitado. Consiste

en AA. VV., *La espiritualidad como cualidad humana y su cultivo en una sociedad laica*, CETR, Barcelona, 2008, p. 82-83, reproducido *infra*, p. 35-36.

en la posibilidad de una mirada, no ya funcional y utilitaria, sino una mirada que puede asombrarse y emocionarse porque lo que es, es: es y se despliega ante nosotros interesándonos, movilizándonos nuestra atención, nuestra capacidad de cuidado, de valoración profunda. Consiste, pues, en la gratuidad de la desegocentración y sus frutos.

Bases antropológicas de la cualidad humana

La vida en cada especie despliega un mundo y las formas de interactuar en él para poder sobrevivir y perpetuarse. Es lo que constituye el conocimiento de una especie. Lo peculiar de la existencia humana es un modo de conocimiento que abre una brecha a la gratuidad; una brecha que permite tomar conciencia del existir de la realidad, dejarse impactar por ella, valorarla en sí misma, no solo en función de lo que pueda aportar. Lo peculiar de la especie humana es un conocimiento de doble carril: el de las palabras que seleccionan, simplifican, interpretan y representan, dando forma a un mundo a la medida de nuestras necesidades y con el que poder interactuar, gestionar, etc., y el del silencio de esas proyecciones y expectativas, un modo en el que las capacidades cognoscitivas se hacen capaces de atender, acoger, testificar que existe lo que existe y reaccionar ante esa «noticia» en clave de valoración. Valoran, reaccionan y actúan a partir de un saber asombrado, a partir de un profundo respeto y veneración ante ese despliegue de la realidad.

La visión desde la interpretación relativa a nuestras necesidades será la *realidad relativa*, o la dimensión relativa de la realidad. El vislumbre o mostrarse de esa misma realidad sin

el filtro o la modelación que de ella hacen las necesidades será el vislumbre o el mostrarse de la dimensión *absoluta* de la realidad, independiente, libre (*ab-soluta*: ‘suelta de relaciones’, en su sentido etimológico). La *realidad relativa* (relativa a nosotros mismos) es lingüística, responde a la modelación del lenguaje. El decirse de la *dimensión absoluta* es inefable, pues precisamente su mostrarse pende de la ausencia de proyecciones, su mostrarse escapa a la modelación de nuestras palabras, conceptos, interpretaciones...

¿Cuál es la base de ese fenómeno? Los primeros textos recogidos en esta selección nos hablarán de ello. Cada especie genera un mundo. Y no es más —ni menos— real el mundo de las hormigas que el de los elefantes o el de los humanos. En cada especie se produce un perfecto acoplamiento entre percepción, estimulación y respuestas. Cada mundo es un campo de señales que desencadenan las respuestas adecuadas: un conocimiento inscrito y transmitido genéticamente, de generación en generación, que ha dado lugar a una infinita variedad de especies y de mundos, con soluciones inmensamente complejas que, en muchos casos, requieren un altísimo grado de especialización y comunicación entre los individuos de una especie, así como de una finísima interrelación entre especies.

El problema surge cuando cambian las condiciones ambientales: la adaptabilidad biológica (modificar esa información genética) resulta ser un proceso muy lento, muchas especies se extinguen sin tener tiempo de desarrollar los cambios necesarios para sobrevivir en condiciones distintas. Ahí es cuando vemos la solución que se da en la especie humana como un gran salto evolutivo: el del traslado de toda

esa información tan necesaria para vivir de los genes a las palabras, a una interfaz cultural más maleable, más fácil de modificar que la biología.

A diferencia de lo que sucede en las demás especies, el cachorro humano nace en gran medida desprogramado o, mejor dicho, programado para aprender; un mismo cachorro humano, situado en un entorno u otro, puede pensar, interpretar, sobrevivir de formas muy distintas. Y separado de un entorno humano, no se desarrollará como humano. La *programación* (las coordenadas de una interpretación y una actuación con coherencia y sentido) se va implementando con base en las palabras. Poco a poco el mundo va cobrando sentido a través del filtro cultural y lingüístico que se interpone entre la realidad exterior y el sistema de percepción del individuo.

Hablando, las señales se agrupan, se ordenan y se organizan en términos lingüísticos de tal manera que percibimos la realidad a través de esa vidriera conceptual. Ello nos permite interpretarla, interactuar con ella, gestionarla en función de intereses y necesidades. Las «vidrieras» cambian según sean las condiciones de vida: distintas formas de vivir, distintas culturas, distintos mundos humanos.

El mundo humano está construido sobre la base de cajoncitos de significados. Cada cajoncito, cada palabra, encierra en una combinación de sonidos —los fonemas— gran cantidad de información (su significado, *s-i-ll-a*: ‘para sentarse una persona’, ‘con respaldo’, ‘patas...’). Podríamos decir que el sistema receptor humano no «mira», sino que «piensa el mundo». Solo «mira» si se encuentra interpelado por algo absolutamente desconocido. En general, nuestra percepción lleva a cabo un barrido rápido del entorno reconociendo

la realidad en función de los miles de cajoncitos almacenados en nuestro cerebro. Por ejemplo, detectamos la presencia o ausencia de sillas y nos sentamos o seguimos nuestro camino, pero no hemos necesitado pararnos para ver realmente lo que teníamos delante.

El habla selecciona, ordena, interpreta y despliega un mundo ante nosotros. Y para cambiarlo, para cambiar nuestra interpretación e interacción con el mundo, basta cambiar las palabras o su significación. Desde una simple palabra, como *árbol* o *silla*, hasta las grandes narraciones míticas, que explican el origen de todo, interpretan y enseñan cómo actuar en la forma debida para que todo siga el curso adecuado, todo son palabras, *construcciones lingüísticas del mundo*, creación de mundos con sentido con relación a las necesidades de los distintos grupos humanos. Creaciones que orientan la actuación del grupo y «fijan» su visión del mundo. La información sobre cómo actuar en el mundo y cómo relacionarnos para aprovechar al máximo las condiciones que ofrece un entorno determinado es lo que constituye la base de los desarrollos culturales, la base de la cultura.

Al mismo tiempo, el individuo desarrolla la estructura psíquica, el soporte individual y personal de la comprensión: el ego. Es un soporte capaz de ordenar y canalizar las demandas, las necesidades del viviente humano y sus respuestas a la necesidad: el ego como estructura básica al servicio de la supervivencia.

Pero todo eso, la construcción sociocultural y la individual, el ego, no tiene en el fondo más misión que conseguir un funcionamiento tan adecuado como el que opera en las hormigas o las ardillas. No obstante, el modo humano presenta una ventaja muy importante: cuando conviene modificar algún

aspecto de la forma de vivir por el motivo que sea, basta con pensar-hablar-reconstruir los relatos y, en comparativamente poco tiempo, se pueden llevar a cabo cambios adaptativos inmensos. Bastará realizar modificaciones culturales para poder hacer frente a las necesidades de adaptación. Cada cultura o momento cultural corresponde a la construcción de un mundo de sentido y a una ordenación de la vida humana en él. Esa ventaja es lo que ha permitido a la especie humana adaptarse a todo tipo de entornos y colonizar todo tipo de ecosistemas, sin necesidad de largos procesos de modificación biológica.

En una situación de tránsito cultural como la nuestra, importa comprender cómo hacen las palabras para transmitir *valor, orientación*. Y más todavía cuando el tránsito nos está llevando a un modelo de cambio constante, un sistema de vida basado en la capacidad de transformación continua. Urge poder tomar las riendas de la construcción de los discursos de valor; no disponemos de tiempo para esperar a que, poco a poco, vayan surgiendo (más o menos inconscientemente) las formas culturales adecuadas a la nueva situación. No hay tiempo para ello, y el precio que pagar por los errores podría ser fatal. Parte importante de la investigación de Corbí hay que situarla ahí: en desentrañar cómo cobra el mundo *sentido* —y distintos sentidos— para los grupos humanos con el objetivo de disponer de herramientas y recursos adecuados para dotar de sentido y cohesión a las sociedades, para orientar el movimiento de cambio continuo.

Pero volvamos a la estructura del conocimiento. Si esta ventaja adaptativa es posible, es porque el sentido de la realidad se ha «despegado» de ella, trasladándose de la realidad al mundo de las palabras. Y ahí es donde se produce el segundo efecto del lenguaje: el de la toma de conciencia de la existencia

de la realidad, más allá de nuestras modelaciones e interpretaciones. Y si, además, bajamos el volumen de nuestras palabras, conscientemente, las capacidades cognitivas quedan libres para poder tantear, o atender, o recibir el decirse de la realidad. Un *decirse* que desborda, siempre, las modelaciones o conceptos, dando paso a experiencias con sabor a profundo valor del existir, asombro, inexplicabilidad, belleza, certeza... Esa es la segunda puerta que abre la configuración lingüística humana: la que nos hace testigos de la existencia, desde el silencio de las construcciones. Nos abre la posibilidad de conocer desde el silencio.

Dos modos de conocimiento propios del proceso de significación. Es el mismo hecho lingüístico que nos caracteriza el que proporciona ese acercamiento doble a la realidad: conocimiento con palabras y conocimiento silencioso. Uno es el *conocimiento-representación* que se distancia de la realidad, selecciona, simplifica, contrapone, objetiva, representa. La representación reflejará la perspectiva del sujeto y sus expectativas. El otro es *reconocimiento*, testificación gratuita que no busca representar, sino aproximarse, se abre paso en el sentir lúcido, atento, y da origen a la admiración, la valoración, intuición y certeza sin palabras. Dos modos cognitivos que ni se excluyen ni se contradicen, todo lo contrario. Ambos constituyen las dos caras propias del conocimiento de esos hablantes vivientes que somos. Sin el contrapeso o la aportación de la perspectiva silenciada faltaría el fundamento de la valoración, de la orientación del quehacer y de los saberes.

En la evolución de la vida en sus múltiples adaptaciones biológicas rige la pauta del *mayor beneficio a cambio de la menor destrucción*. Una especie que no cuenta con una naturaleza fijada biológicamente y que no lleva ni tan siquiera

esa básica ley de la vida inscrita en sus genes, o tiene muy en cuenta el cultivo de su fuente de valoración, o ¿cuáles serán los límites del aprendiz de brujo?

Las vías del silencio

Silencio ¿de qué? No se trata de una ausencia de ruidos ni de no pronunciar palabra. Se trata de dejar espacio a una lucidez atenta, sin la curvatura que imponen las exigencias del yo. Se trata de bajar el volumen de la egocentración, el de un yo que ocupa todo el escenario mental con sus demandas, expectativas o miedos, para poder sentir la presencia de lo que nos rodea, de lo que hay, aquí, ante nuestros ojos y en nosotros mismos.

Como nos ocurre en ese momento en el que quedamos admirados, embobados, ante el recién nacido en su fragilidad, en su perfección, en la belleza de un existir recién estrenado. O ese momento en que, en una caminata, el paisaje se adentra en nosotros, y le abrimos las puertas de par en par, y quedamos ahí, expectantes, sin más porqué, sin desear añadir o restar nada; solo estar, vivir, agradecer. O al estrechar aquella mano surcada, curtida por los años, que nos transmite el latir de las generaciones, y tantos esfuerzos, y tanto amor en el cuidado de la vida. O en la hondura a la que nos invitan las notas de alguna composición musical. O en tantas otras ocasiones, momentos que todos hemos podido experimentar por un motivo u otro. Esas ocasiones en las que lo que ha primado no han sido nuestras preocupaciones u ocupaciones, sino el existir del otro, de lo otro: su existir, su presencia. Y le hemos dejado espacio.

A lo mejor hemos bajado el volumen de nuestro monólogo involuntariamente. Pero esos momentos se multiplicarán —y se multiplican— cuando conscientemente optamos por que el engranaje de nuestro pensar-sentir-actuar no gire en círculos en torno a nosotros mismos. Cultivar el conocimiento silencioso es ejercitar el querer, el pensar y el actuar más allá de los cortos límites que marca el yo. Fomentar un interés incondicional por todo; ejercitar el distanciamiento en relación con nuestras necesidades y sus exigencias; practicar el silencio interno, de la mente y del sentir... Todo ello para propiciar un acercamiento, siempre nuevo, a las cosas, a las personas, dejándoles decir lo que pueden decirnos y no lo que nuestra necesidad impone que digan.

Entonces es cuando el conocimiento humano es más que una suma de conocimientos. *Conocer y saber* —distinguía María Zambrano. «Sabiduría: una manera de comprender, sentir y actuar, interesada verdaderamente por las realidades» —leíamos más arriba.

Esa posibilidad es la que distingue a la especie, esa es la *cualidad humana*, y arranca desde la raíz misma de la configuración lingüística de la especie. Corbí fundamenta las experiencias «silenciosas» en la estructura misma del conocimiento. Son experiencias de realidad que desbordan conceptos y palabras, que invitan a adentrarse en la dimensión *absoluta* de la realidad, pero no como *caídas del cielo*, no como *don* o peculiaridad reservada a unos pocos, sino como esencia misma de la condición humana. No hay nadie que no esté capacitado para ello. Solo hace falta saberlo, tener conciencia de ello, *conocernos* y comprender en qué consiste su cultivo.

¿Quién ofrece recursos, pistas, orientaciones, en esa dirección? ¿Quiénes invitan a despertar a esa naturaleza tan

nuestra? Los maestros espirituales, maestros del conocimiento silencioso.

Conocimiento silencioso, espiritualidad, tradiciones religiosas...

Comprendemos así que la experiencia espiritual no es patrimonio exclusivo de una forma de pensar y sentir *religiosa* —esa que fundamenta el sentido de la realidad en algo o alguien sobrenatural. La explicación sería otra: unos desarrollos religiosos que modelaban todas las dimensiones de la realidad eran también capaces de dar razón de la experiencia de la dimensión absoluta de la realidad, de modelarla y de orientar hacia ella.

Durante milenios —hasta hace tres días y medio— la fuente de la vida y del saber, en todos sus órdenes, se ha situado en algún punto exterior a la humanidad (léase *Dios, dioses, Naturaleza...*). Acorde a esa concepción, la orientación de la vida humana, el sentido de la existencia, provenía también de esa fuente externa y hacia ella dirigía la mirada y el sentir. Era obvio, no podía ser de otra manera. ¿Quién si no podía haber inventado todos esos saberes y esas artes que permitían subsistir? ¿Cuál podía haber sido si no el origen del fuego, o el de las naves, o el de los granos, o el de todo aquello sin lo que no se podría vivir? Se trata de una certeza que se explicaba, se transmitía y se sostenía gracias a una riquísima trama de narraciones y creencias que daban fe de ello, a unos actos rituales colectivos que ayudaban a reactualizar periódicamente el «cordón umbilical» con la fuente originaria y a unas instituciones religiosas que se hacían responsables de velar por todo ello. A grandes trazos

este sería el modelo cultural heterónomo que ha sostenido a las sociedades humanas durante milenios. El que ha dado sentido y coherencia a su existencia, con grandes aciertos y no sin distorsiones, tomando forma en el despliegue de las distintas tradiciones religiosas.

Ese modelo cultural religioso impregnaba y fundamentaba todos los aspectos de la vida: desde la estructura social a la experiencia estética, desde la vida familiar a la gestión de la salud o la economía, pasando por la interpretación de la realidad en todas sus dimensiones. También la silenciosa. Cada tradición religiosa dio cabida, orientó y facilitó recursos para favorecer el desarrollo de la experiencia cognitiva silenciosa, la *experiencia espiritual*. En un imparable proceso de transformación cultural, en unos pocos siglos, cada vez más campos han ido cobrando autonomía con relación a este modelo, desarrollando su propio sentido y legalidad. Un proceso que, finalmente, está alcanzando ya a la dimensión *espiritual*.

Corbí insistirá en fundamentar antropológicamente esa dimensión, remarcando su autonomía respecto a las expresiones religiosas que le han dado forma. Explicará el porqué del tránsito, por qué unas formas milenarias que tan útiles habían podido resultar hasta hoy ya no pueden seguir desarrollando su función modeladora, e insistirá en ello, muy especialmente, para que las aguas de las transformaciones culturales no se lleven el cesto «con el niño dentro». Afirmará, por ejemplo:

Cualidad y silenciamiento son dos caras de una misma realidad. Nuestra herencia, que debe ser profundamente apreciada, es el inmenso legado de todas las tradiciones de sabiduría y de silencio de la humanidad. De ellas podemos aprender cómo iniciarnos a esa sabiduría que es cualidad y silencio, cómo crecer en ella,

cómo servirnos de ella para poder llevar una vida adecuada en esta tierra y cómo servirnos de ella para adentrarnos, lo más profundamente posible, en esa otra dimensión absoluta de la realidad que abre nuestra cualidad específica y las posibilidades de silenciamiento que le son propias.²

No hemos ido a parar donde estamos, con respecto a las religiones, por nuestra maldad, sino por la evolución de nuestra cultura. La evolución de nuestra cultura en los últimos quinientos años nos ha conducido poco a poco donde estamos. No hemos pretendido conducir la cultura hasta aquí, ha sido la lógica de la cultura la que, paso a paso e implacablemente, nos ha conducido donde estamos. Ha sido la evolución de nuestros conocimientos y nuestras tecnologías la que ha modificado lentamente, pero sin pausa, nuestras vidas hasta llevarnos hasta las sociedades de innovación y cambio.

Son esos saberes, y las formas de vida que trajeron consigo, los que nos alejaron de los sistemas de programación colectiva mediante narraciones sagradas, mitos, símbolos y rituales y los que nos alejaron de sistemas de vida articulados sobre creencias colectivas. [...] El cultivo de la espiritualidad, en estas nuevas condiciones, no será fácil, porque lo que no está sometido a patrones intocables y acreditados resulta difícil, por nuestra larga herencia regida por patrones intocables. Lo que se debe regir por la calidad, sin más criterio que la calidad misma, resulta arduo, sutil y difícil para unos pobres vivientes como somos nosotros.

Hemos tenido el hábito de buscar y encontrar en la religión agarraderos sólidos para esta vida y para la otra. La nueva forma de cultivo de la espiritualidad nos deja sin ningún agarradero. La espiritualidad no pretende ofrecer agarraderos, sino eliminarlos. Los agarraderos para nuestra vida cotidiana tendremos que construirnoslos nosotros mismos, con nuestros propios medios y

2 Marià CORBÍ, *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*, Herder, Barcelona, 2007, p. 342.

con la cualidad humana que, como personas y como colectivos, hayamos alcanzado.³

De hecho, no hay título de Marià Corbí que no sea —de una forma u otra— una llamada de atención hacia esa dimensión de cualidad y su desarrollo. Es uno de los temas clave de su obra; o, mejor dicho, nos parece que es la preocupación que guía su interés de principio a fin. Pues si ha estudiado las transformaciones sociales y religiosas del presente, si ha analizado cómo conocemos, cómo modelamos la realidad, qué nos hace humanos, cómo se construyen los proyectos colectivos, cómo se transforman las formas de vivir, los ámbitos valorales, etc., la preocupación central ha sido una: cómo concebir y favorecer hoy su cultivo, en un presente en el que las formas tradicionales de vivir las dimensiones hondas de la existencia han quedado desplazadas, así como las palabras que servían para hablar de esa posibilidad.



De todo ello hablarán los textos que hemos ido seleccionando tras repasar las distintas obras de Corbí. Cada fragmento va acompañado de unas siglas que indican la fuente. Al final de esta presentación ofrecemos la enumeración de las obras utilizadas.

El itinerario que hemos dibujado se abre con el texto de una ponencia que ofrece una visión global del *cultivo de la cualidad humana*, sus fundamentos e implicaciones. Es, en cierta manera, una llamada de atención a tomar conciencia del tránsito cultural que, ineludiblemente, estamos llamados

³ *Ibid.*, p. 345.

a asumir. A partir de esa exposición introductoria, la selección procura ir desgranando los temas anunciados en esta, para poder profundizar más en ellos.

Los textos reunidos en el capítulo *Los fundamentos de la cualidad humana* indagan sobre la naturaleza de esa *cualidad* y su relación con lo peculiar del conocimiento humano, el lugar que ocupa el silencio en ese conocimiento, la distinción entre conocimiento conceptual y conocimiento silencioso, valorando las aportaciones propias de cada modalidad.

A partir de ahí, el apartado *Ahondando en el cultivo de la cualidad humana* recoge reflexiones sobre las condiciones y vías de cultivo de esa posibilidad silenciosa y cómo trabajar las capacidades para hacerlas aptas al *reconocimiento*, al conocimiento más allá de las palabras y sus construcciones.

Sigue un apartado al que hemos dado el nombre de *Meditaciones*, pues reúne textos nacidos de la indagación silenciosa del autor. E invitan a ella. Quieren ser una pequeña muestra de cómo avanzar por esas vías del silencio, con la mente y el sentir: una invitación al conocimiento silencioso, sin alejarnos de las condiciones culturales de este siglo XXI nuestro.

Tras un breve *Epílogo* se incluye como apéndice una extensa conversación sostenida con el autor, en 2013, a petición de la revista *Iglesia Viva*.⁴ Nos ha parecido que podía ser un buen complemento para acercarse a su itinerario personal e intelectual. Solo nos queda reiterar que si algún aspecto no queda suficientemente claro, la causa habrá que buscarla en la selección u ordenación de los fragmentos. Sustraer unos textos

⁴ Teresa GUARDANS, «Marià Corbí. Religión, espiritualidad y cualidad humana en la sociedad de innovación», *Iglesia Viva*, núm. 255 (julio-septiembre 2013), p. 67-82.

de su contexto los deja más visibles, pero inevitablemente los desnuda del hilo argumental en el que se apoyaban. Por suerte, las obras de las que forman parte están ahí para quien desee ahondar en ellas. Esperamos, eso sí, no haber traicionado en ningún momento el sentido de los textos ni la intención del autor. Y, ya sin más preámbulos, con él los dejo.



Las siglas y numeración que acompañan a cada uno de los textos se refieren a su fuente bibliográfica. He aquí la lista de las obras utilizadas:

- AI *A la intemperie*, Verloc, Barcelona, 2009, 157 p.
 CDS *Conocer desde el silencio*, Sal Terrae, Santander, 1992, 207 p.
 CI *El camino interior: más allá de las formas religiosas*, Del Bronce, Barcelona, 2001, 343 p.
 CPAC *La construcción de los proyectos axiológicos colectivos: Principios de epistemología axiológica*, Bubok / CETR, Madrid / Barcelona, 2013, 333 p.
 HEL *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*, Herder, Barcelona, 2007, 350 p.
 MAL *Más allá de los límites. Meditaciones sobre la unidad*, Bubok, Madrid, 2009, 198 p.
 MS *Métodos de silenciamiento*, CETR, Barcelona, 2006, 154 p.
 PCS *Por los caminos del silencio*, Bubok, Madrid, 2010, 197 p.
 PS *Proyectar la sociedad, reconvertir la religión: los nuevos caminos*, Herder, Barcelona, 1992, 342 p.
 PuS *La puerta a la sabiduría. La cualidad humana en dos grandes Sutras budistas y en el Evangelio de Mateo*, Bubok, Madrid, 2014, 270 p.
 RSCH *Reflexiones sobre la cualidad humana en una época de cambios*, Verloc, Barcelona, 2012, 305 p.
 RSR *Religión sin religión*, PPC, Madrid, 1996, 291 p.
 SDM *Silencio desde la mente*, Bubok, Madrid, 2011, 269 p.
 SSVM *Sentires sobre la vida y la muerte*, Bubok, Madrid, 2013, 143 p.

I

EL CULTIVO DE LA CUALIDAD HUMANA

UNA INTRODUCCIÓN